

Nueve principios básicos para mejorar la práctica educativa desde la relación cotidiana con el alumno.

Por Jorge Moutafián T.

Rector Colegio Alcantara de los Altos de Peñalolén

"Sólo hay un rincón del universo que usted puede estar seguro de mejorar: usted mismo", Aldous Huxley.

Los presentes principios fueron construidos a partir de los diversos relatos que los estudiantes me han hecho en varias ocasiones más o menos formales, tanto como mis propias observaciones o situaciones en las que yo mismo he estado involucrado en prácticas que prueban cotidianamente su ineficiencia.

No lo escribo desde ninguna posición de privilegio ni me considero exento de esta reflexión que debo imponerme a mi mismo. Estoy seguro que lo que expongo lo saben todos los profesores, pero la historia ha probado tantas veces que el saber es un paso importante a la vez que tremendamente insuficiente para transformar la realidad.

Comencemos con una mala noticia: en el campo educativo nuestros comportamientos traducen permanentemente el componente ético de lo que proponemos como modelo. El ejemplo sigue siendo el recurso didáctico de mayor fuerza en la construcción de sujetos morales.

Los profesores participamos de una cultura que nos construyó también desde sus propias confusiones, ambigüedades y contradicciones; representamos lo mejor y lo peor de nuestra cultura, en una especie de vitrina en la que las señales que emitimos legitiman y promueven las conductas de niños, adolescentes y jóvenes. La sociedad nos instala en el lugar de modelos y la creciente falta de la presencia de los padres en el proceso educativo familiar, nos deja en una especie de soledad testimonial.

La reflexión como comunidad adulta sobre nuestras prácticas es un camino viable para superar esta situación que limita nuestra práctica.

1. Estabilidad en la relación

"La profe un día es súper buena onda, nos deja hacer lo que queramos, se ríe con nosotros y otro día llega en mala, cachay, y nos anota por cualquier lesera".

Los chicos cambian permanentemente. En su manera de pensar, de sentir, de actuar; en la forma que se perciben a si mismos y en el modo como visualizan el futuro. Este fluir es indispensable en la formación de la personalidad. Nosotros como adultos debemos ofrecerles un vínculo estable. Bastante inestabilidad tienen en sus vidas como para que se tengan que hacer cargo de las nuestras.

2. No grite para hacerse escuchar

“Es cierto tío, nosotros metemos mucha bulla y ellos gritan y nosotros gritamos sobre sus gritos y así (...)”

Si Ud. grita legitima el grito como forma de comunicación válida. Lo único que logramos con ello es que se afirme esta conducta de relación.

3. No amenace ni soborne o extorsione para obtener motivación

Dada la necesidad de obtener atención y lograr que un grupo se oriente a una acción determinada en un lapso corto, nos vemos tentados a utilizar los premios (medallas, caritas, días sin uniforme, notas acumulativas, terminar antes la clase, etc.) o el evitar el castigo (quedarse después de hora, sacar una hoja para un control, agregar un capítulo más al examen, etc.); el resultado es inhibir la capacidad de encontrar el sentido significativo de la acción a emprender. La pérdida del sentido es la fuente de la abulia y la desmotivación.

Además de ello, usted estará en un problema: ¿cómo mantiene la motivación desde esta estrategia? Ampliando el valor del premio o el temor del castigo. Esta estrategia se vuelve ineficiente en el tiempo y mina la autonomía del alumno pues el factor de motivación no está en la actividad que él desarrolla sino en el premio que usted da.

4. No se ofenda, mantenga la asimetría y amplíe su nivel de autonomía

De las conversaciones con los alumnos y de mi propia experiencia he observado que muchas veces perdemos la perspectiva de nuestro vínculo con los alumnos. Asumimos que el comportamiento de ellos está siempre en relación a nosotros. Nos ubicamos en el centro del sistema e interpretamos todo desde esa posición. Construimos desde allí una expectativa de conducta y cuando el alumno no responde nos frustra, nos enoja, nos ofende y reaccionamos en consecuencia. Si nos salimos de esa posición, si el alumno está en el centro del sistema, si nosotros nos ubicamos periféricamente como facilitadores de su proceso y no como protagonistas del mismo, si mantenemos la asimetría de la relación, ésta cambia inmediatamente. Observo que muchas veces somos extremadamente dependientes de la respuesta que los alumnos dan a nuestros estímulos lo que nos ubica en un nivel de dependencia en relación a ellos. Desde esa ubicación las cosas no funcionan ni para nosotros ni para ellos.

5. Use el humor y distíngalo de la ironía

El humor hace maravillas en las relaciones. Le resta dramatismo a situaciones que con una sonrisa o una broma vuelven a circular por canales fluidos y amigables.

No pasa lo mismo con la ironía. La ironía es una burla. Daña, sutilmente, pero lo hace.

6. Evite los juicios de valor negativo en su relación con el estudiante

¿Usted es tontito?, ¿no sea flojo?, ¿quién se cree que es?, ¿usted nunca entiende nada?

7. No desautorice a los colegas o al colegio frente a los estudiantes.

Es habitual que los estudiantes quieran que usted tome partido de una situación de conflicto con otro profesor o autoridad del colegio. No lo haga. Esto no quiere decir que no se comprometa con el tema. Es bueno que lo haga, pero que lo haga bien: infórmese con el profesor en cuestión o con las autoridades del colegio y si debe discutir hágalo, pero hágalo en el ámbito de los educadores y no de los estudiantes.

8. Trabaje desde las fortalezas no desde las debilidades

Sea positivo en la relación con los estudiantes, explicita los logros de sus estudiantes, parta de sus fortalezas, de las cosas que hacen bien, de los valores que expresan, esfuércese por conocer la fortaleza de cada uno, no los clasifique por sus debilidades. No se trata de decir cosas bonitas porque sí o dar cariñitos como quien reparte caramelos para ganar popularidad. Se trata de ser realista. Positivamente y seriamente realista.

9. Nuestros estudiantes valoran la autoridad

El aspecto que más valoran los estudiantes de este colegio es la capacidad de un profesor de hacerse respetar, su nivel de compromiso para lograr condiciones colectivas de estudio, su liderazgo para crear el orden adecuado, sin gritar, sin amenazar, sin golpear mesas. No respetan al que le deja hacer lo que desean, a los profesores que terminan atrincherados en sus mesas rodeados de cuatro o cinco alumnos mientras los otros 35 hacen lo que quieren. Nuestros estudiantes no respetan a los débiles de carácter, a los que negocian fechas de pruebas o trabajos, a los que terminan su clase manipulados por la presión de los alumnos.

Estas nueve tentaciones son propias de nuestra actividad y lo seguirán siendo; algunos colegas han logrado sobreponerse a estas tendencias con años de reflexión sobre su propia práctica, otros aún lo estamos intentando y hay quienes creen que no tienen nada que mejorar. Estos últimos son parte del problema.